

tranjero que, acaudillado por un desleal, queria arrebatarnos nuestro territorio, aniquilar nuestra dicha y manchar nuestra Religion. Vencisteis en Las Pozas, vencisteis en Candelaria, vencisteis en la tierra y en el mar, tejiendo para nuestra pátria un lauro recogido en las amenas llanuras de la reina de las Antillas, al mismo tiempo que vuestros compañeros de armas la formaban otro en las playas de Joló, para adornar la augusta sien de Castilla, siempre bizarra, siempre noble, siempre pia y heróica.

Venid, pues, á dar un testimonio de que sois herederos solidarios de las glorias de nuestras armas en los tiempos heróicos, derramando el suave bálsamo de vuestras plegarias sobre las tumbas de vuestros hermanos que murieron defendiendo su Religion, su pátria y su Rey, para que la mano compasiva del Eterno, que da el valor y la piedad al guerrero, los saque del lugar de la purificacion expiatoria y ciña sus sienes con la laureola de la inmortalidad. Amen.

## SERMON

DE

### DESAGRAVIOS <sup>(1)</sup>.

*Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus: ut liberentur dilecti tui.*

Diste á los que te temen una señal, para que huyan de la vista del arco; para que se libren tus amados.

(Psal. LIX, vers. 6.)

¿Conque sois Vos ¡oh Dios de bondad y de misericordia! quien mortificais y vivificais, quien empobreceis y enriqueceis, y quien levantaiis de entre el polvo al menesteroso, y ensalzais de la miseria al pobre? ¿Conque sois Vos quien mirais compasivo y tierno, desde el altísimo sólio de vuestra gloria, á los miserables séres que viven en la tierra, y derramais sobre ellos bendiciones de amor, y enjugais sus lágrimas, y dais á sus corazones la paz y la alegría de vuestra salud? ¿Conque tambien sois Vos quien, abriendo vuestras pupilas, fulgurantes como el sol cuando estais airado, con esa mirada conmoveis la tierra, sepultais pueblos enteros en el polvo y destruís naciones? Sí; Dios hace todo eso, y lo hace enviando al mundo los rayos de sus iras, para que sean los anuncios de su misericordia.

¡Admirable economía de la misericordia divina para conducir al hombre al verdadero fin para que ha sido criado! Si su pueblo amado murmura contra Él porque

(1) Fué predicado en la solemne funcion que para implorar la misericordia de Dios por los ultrajes cometidos en un templo en la ciudad de Jerez por una turba de hombres extraviados en la fé, celebraron vários devotos el dia 14 de Julio de 1872, en la real iglesia de San Isidro de esta córte.

no tiene carne en que saciarse, se la da con abundancia; y apenas éste se ha dado á la gula, caen sobre él las iras del cielo. (Ps. LXXVII, vers. 30.) Si los impíos se solazan en opíparo banquete, loando y ensalzando á sus dioses falsos, y bebiendo licores con sus concubinas en los vasos sagrados del templo de Dios, pronto se deja ver una mano terrífica que escribe en aquellos muros, cubiertos de tapices y moteados de oro, que son testigos de la crápula y la disolucion, la sentencia terrible que va á caer sobre el autor de tan execrables excesos. (Dan., cap. v, vers. 25.) Si una nacion regalada y acariciada por las bondades del cielo abusa de los favores y fija su pensamiento en los placeres de la materia, en vez de elevar su corazon á la verdadera tierra de los vivientes, pronto hace Dios que ese pueblo encuentre durezas por todas partes, y no refrigere su sed sino con vino mezclado en hiel. (Ps. LIX, vers. 5.)

Hé ahí, mis amados oyentes, el sistema de la economía de Dios para salvar á los hombres de los males irremediabiles, que son los del otro mundo. Envíales algunos temporales, transitorios, y por consiguiente leves y ligeros, aunque nos parezcan graves y pesados; aquél rostro dulcísimo y apacible del Padre celestial, que es todo bondad, amor y dulzura para sus hijos, asoma en lo alto de los cielos, mostrándose alguna vez ceñudo, airado y con miradas fulmíneas; aquella mano que derrama beneficios sin cesar, se ve extendida y armada de sus lanzas de fuego, y aún despide alguna, mandándola que recorra las nubes y hiera á las torres, pero que no toque á los hombres, y vuelva á darle cuenta de su mision. ¿Y para qué es todo eso? Dígalo aquel hombre admirable, que cambió la pellica del zagal por el manto de púrpura; el cayado pastoril por el cetro, y la cabaña vestida de ramas de enebro por el alcázar de los jebuseos. Dígalo ese hombre, que sufrió rebeliones en sus hijos,

disensiones en su familia, persecuciones en su reino y azotes enviados expresamente por Dios para castigar su temeridad. (II Reg., cap. xxiv, vers. 13): *Tú, Señor, dice, enviaste una señal á los que te temen para que huyan de la vista del arco y para que se salven tus amados.*

Esto decia el Profeta al considerar las tribulaciones por que habia pasado su pueblo, y esto mismo digo yo al ver las que han caido sobre esta nacion católica. Se encuentra nuestro pueblo conmovido y agitado con sacudidas continuas, motivadas por efecto de las malas doctrinas, habiendo sucedido á aquella fijeza habitual que tuvieron nuestros mayores, una movilidad incesante y un malestar que tiene á cada uno como á una caña arremolinada por furioso vendaval. Cada cabeza tiene su sentencia, cada hombre su lábaro, cada oligarquía su lema; y ¡ay! tambien hay alguna asociacion de pendon negro, que lleva escrito con caracteres de sangre un lema sacrilego y antisocial, que dice: «¡Abajo la Religion, abajo la familia, abajo la propiedad!»

¿Y qué quereis que os diga, mis amados oyentes? Dios ha permitido que algunos hombres de esa asociacion se hayan levantado en armas, que hayan acometido á una ciudad rica y floreciente con el producto de los suaves licores que la dan racimos tan dorados como los de Engaddí; que hayan destruido ricos palacios, violado á seres indefensos, profanado los templos, contaminado los altares, emporcado el lugar santo, destruido las imágenes de Jesus, de la Virgen y de los Santos, y cubierto de luto á las familias. Dios, repito, ha permitido la perpetracion de estos sacrilegios y atentados, quizás para avisarnos que esa es una manifestacion de su ira; que esa es una saeta precursora que ha despedido de su arco entesado, dándonos una señal que nos haga entrar dentro de nosotros mismos, para que nos libremos de la descarga terrible de sus dardos y nos salvemos. *Dedisti metuentibus*

*te significationem: ut fugiant a facie arcus: ut liberentur dilecti tui.*

Acontecimiento terrible ha sido éste, pues ha hecho una impresion tan profunda en los corazones, que os ha traído como impelidos por una fuerza más que humana á este sagrado recinto, y os ha obligado á postraros ante el acatamiento de Dios, levantando vuestra voz y diciéndole: «Señor, perdonad á vuestro pueblo.» Al ser yo testigo de lo que está pasando, mi corazón se encuentra entre dos afectos, uno de los cuales me entristece y desconsuela, y otro devuelve á mi alma la alegría y la calma. Al ser testigo de esos atentados contra el pudor y contra la propiedad, y de esos sacrilegios cometidos en el seno de la nacion católica como ninguna, preveo que la mano de Dios podrá descargar sobre nosotros un diluvio de males; al ver la confusion y las lágrimas del pueblo consternado, que pide misericordia, no puedo ménos de anunciarle que Dios la tendrá de nosotros y enviará la serenidad despues de la tempestad, y la tranquilidad despues de esta horrible perturbacion.

No lo dudemos; ésta es la sapientísima economía de Dios para con los hombres, como lo veremos en el asunto ya empezado, y que me esforzaré en desenvolverlo con la posible extension, concretándolo á esta proposicion. Los acontecimientos que deploramos llevan dos signos: el de la indignacion de Dios, y el de su misericordia.

El estudio profundo de este tema nos es muy necesario para saber arreglar nuestra vida y asegurar nuestra felicidad presente y futura, la del tiempo y la de la eternidad. Meditémoslo, pues, y, para hacerlo con fruto, pidamos al cielo sus auxilios por la intercesion de la Virgen, á quien saludamos diciendo:

AVE MARÍA.

A oír á muchos de esos hombres que en los tiempos que corren se han arrogado el magisterio de los demás, no parece sino que el mundo ha llegado á un período de paz sólida, de dicha verdadera y de felicidad inalterable. Cuando hablan de Religion, echan á volar como tema obligado un racionio que dice así: «¡Oh! La Religion es un conjunto de verdades abstractas y sublimes, y está muy por encima de las miserias humanas; hay que dejarla en esa region culminosa de las inteligencias soberanas, debiéndonos contentar los hombres con las inspiraciones sencillas, claras é inteligibles de nuestra razon: ésta es la que, por ser una centella de luz, ha ido creciendo poco á poco, internándose en los secretos más recónditos, penetrando los misterios más profundos, y abarcando verdades que en tiempos pasados se tuvieron por incomprendibles, y ha de llegar á desenvolver de tal manera su pujanza intelectual, que al fin ha de comprender al mismo Dios, y se ha de hacer semejante á Él.»

No es ménos altisonante, ni ménos absurdo, ni ménos impío y temerario, el discurso que esos nuevos doctores hacen sobre los derechos del hombre y sobre sus destinos. «No hay, dicen, derecho alguno que sea sumo, porque derecho sumo produce injuria suma; el hombre es un rey, un soberano, un monarca de sí mismo; sólo la ley impera sobre él, pues nace, vive y muere bajo su imperio; tiene derechos impresos en su misma naturaleza, y nadie puede despojarlo de ellos ni atentar contra ellos, ni interpretarlos, ni derogarlos, ni modificarlos. ¿Quién se atreverá á imponerle preceptos? ¿Quién imperará en un entendimiento que se sublima hasta las regiones superiores de la luz y desciende con rapidez inconmensurable hasta lo más recóndito y profundo de los abismos? ¿Quién dirá á su voluntad, que es señora libre, independiente, que se doblegue á hacer lo que no le agrada? Ese entendimiento y esa voluntad tienen sus derechos, y esos

derechos son ilegislables.» Suficientes son las leyes de la razon natural para comprender que este discurso, además de impío, es absurdo y contradictorio, sobre todo en eso de lo ilegislable, porque no se comprende que el hombre venga al mundo, trasmitiéndole sus padres la vida en fuerza de una ley, ni que nazca y crezca y se robustezca y muera en fuerza de una ley, y que este mismo hombre, que ni aún respira sino en virtud de un conjunto admirable de leyes, sea un sér ilegislable. Pero éste es el hombre mónstruo, en el órden moral, que ha inventado el racionalismo.

Los absurdos y los errores suben de punto cuando el racionalismo trata de los destinos del hombre y de la sociedad; siendo libre é independiente el hombre, lo es también la sociedad, compuesta de hombres. «Rey de los séres visibles que hay en la tierra, dicen los racionalistas, el hombre tiene derecho á usar de todos ellos para satisfaccion de sus sentidos, sin que se le imponga alguna traba; soberanos cuantos componen la sociedad, todos tienen el mismo derecho á poseer, no debiéndose conocer la desigualdad; la tierra es de todos; los bienes que encierra son de todos, y con la más perfecta igualdad han de poseer todos lo mismo, para que no haya pobres ni ricos, amos y siervos, señores y menestrales, y sean así todos igualmente felices: felices, regalándose con los bienes de la tierra; libres, no sufriendo el yugo del más elevado; independientes, no permitiendo que nadie se oponga á sus deseos, sean cuales fueren.»

Con estos racionios se está amamantando á la sociedad, derramando sobre ella una especie de ópío mortífero que ella va absorbiendo poco á poco, y la ha enervado en el cuerpo y enfermado en el espíritu. Al oír á los racionalistas, cuando nos pintan los encantos de una sociedad sensual, libre é independiente, y en la cual reine una igualdad perfectísima, se creeria que la tierra

iba á convertirse en un paraíso de delicias. Pero si nosotros hemos de seguir las inspiraciones del cielo y prestar oído á las lecciones que nos da el Espíritu Santo, tenemos que decir que ese lugar tan delicioso se habia de llamar el paraíso de los animales. Y rogamos á los racionalistas, tan arrogantes por los adelantos de la razon, que no se irriten cuando llamamos animal al hombre rey, al hombre monarca, al hombre que ellos llaman absolutamente independiente y dueño de sí mismo. Al darle esta calificación seguimos la doctrina de San Pablo, que dice que hay en el hombre dos hombres: el espiritual, que juzga las cosas segun Dios, y el animal, que no entiende las cosas divinas (I Cor., cap. II, vers. 14); así como dice que «hay en el hombre dos ciencias: la de la caridad, que vivifica; la carnal, que infla y llena al hombre de soberbia.» (I Cor., cap. VIII, vers. 1.) Pero esta segunda ciencia no es de Dios, *no descende de arriba*, como dice el Apóstol Santiago; *mas es terrena, animal, diabólica.* (Ep., cap. III, vers. 15.)

Bien sabeis, mis amados oyentes, que estos absurdos se están predicando impunemente á la sociedad desde hace mucho tiempo, por haber sancionado los gobiernos del mundo el principio antisocial, antireligioso y antiracional de la libertad, para poder cada uno, no sólo pensar lo que guste en materia de religion y en principios de justicia y de derecho, sino estampar por medio de la prensa cuantos absurdos piense publicar y propagar bajo la salvaguardia de la ley. El nuevo espíritu impreso en las leyes modernas, que favorece en demasía á todo lo que es licencia de la sensualidad y expansion de la soberbia, tenía que dar resultados funestos para la sociedad, y los ha dado. La sociedad va marchando como arremolinada en un vértigo inmenso de dilapidacion, de egoismo y de indiferencia, importándose ya muy poco que el nombre de Dios sea santificado, que la Religion

verdadera sea respetada, que sus preceptos sean cumplidos y sus máximas acatadas, que Dios impere en los corazones, que haya legitimidad en los actos, que reinen el derecho y la justicia, y que las leyes se hagan según el espíritu de Dios. Haya paz material, no falte el oro, abunden los espectáculos, las comodidades de la vida y cuanto satisface los deseos de cada uno: hé ahí lo que hoy se busca en la sociedad, dándosela á ésta, en general, un bledo de que la verdad reine en la tierra.

La sociedad, por consiguiente, está desquiciada, anda desviada y camina á su ruina, sin que haya quien reclame contra su injusticia é iniquidad. Sólo, sí, hay en medio de ella un poder que no depende de los hombres, una inteligencia que no se engaña ni puede perturbarse, una sabiduría inspirada del cielo sin cesar; y este poder, esta inteligencia y esta sabiduría están protestando incesantemente contra ese desorden social que han introducido los impíos y sancionado los potentados olvidados de Dios, y no deja pasar un solo día sin que diga á esta sociedad corrompida lo que decía en otro tiempo un Profeta á un pueblo extraviado: *Has abandonado la fuente de la Sabiduría; aprende dónde está la prudencia, dónde la virtud, dónde el entendimiento, dónde la luz de tus ojos, y la paz.* (Bar., cap. III, vers. 12.)

Estas voces son de la Iglesia católica, de esa Madre tierna y compasiva que descubre á sus hijos los peligros para que no caigan en ellos, y les anuncia los males para que los eviten, mostrándoles dónde está la luz, para que la sigan. Pero, ¿qué sucede con esta Iglesia? Que los racionalistas no quieren que esos acentos graves, serenos, sapientísimos, los perturben é incomoden; y para conseguirlo sin chocar violentamente con el sentido común y con el criterio del Catolicismo, están predicando que el Estado es el todo en la sociedad, y la Iglesia una parte nada más; que aquél es el moderador de las costumbres y el

regulador de las acciones, y que la existencia de ésta depende de la voluntad de aquél. Para el racionalismo, el Estado es un sér tan sábio y tan inteligente, que no puede engañarse en nada de lo que dispone para sus súbditos. Tan lleno de sí mismo, tan inflado y tan altivo está el racionalismo, que cree que no es capaz de engañarse ni equivocarse. Así lo dice él; pero yo añadiré lo que el racionalismo quiere decir, aunque no lo diga: quiere decir, pues, que el racionalismo es tan orgulloso, tan soberbio y tan contumaz en su rebelion contra la verdad, que si bien puede errar y ferra á cada instante, no puede conocer que se ha engañado, porque la soberbia pone una venda delante de sus ojos; y mucho ménos confesarlo, porque tendria que hacer un acto de humildad, lo que es imposible á todo el que con orgullo satánico intente ser como Dios. Hé ahí, pues, á qué se reduce la omnipotencia y la plenitud de saber del Estado adobado por el racionalismo: á no querer confesar que es deleznable y miserable como lo son los hombres, porque en su orgullo ha querido él mismo hacerse Dios.

Cosas raras é inauditas estamos oyendo en estos tiempos, mis amados oyentes. ¡El Estado infalible! ¡El Estado que no puede errar! No parece, sino que el Estado racionalista tiene envidia á la prerogativa que Jesucristo concedió á su Vicario de ser infalible cuando, como Maestro universal de la Iglesia, enseña á ésta la fé y la doctrina. ¡Vaya! Desde que el Concilio del Vaticano ha declarado que es dogma de fé esa infalibilidad, todo Estado pretende ser infalible, aunque sea cuando manda derribar templos y expulsar de sus dominios á los sacerdotes, ó abusar del crédito público. ¡El Estado inerrante y sin poder equivocarse! Yo os explicaré lo que hay en este particular, y lo haré por vía de digresion.

Más de una vez habeis oido á los predicadores, al hablar de la indiferencia con que los hombres miramos el

tiempo que Dios nos da para nuestra conversion y arrepentimiento, que si Dios concediese al demonio un solo instante para esto, haria lo indecible para aprovecharse de ese tiempo. Pero tened entendido que dicen esto los ministros de Dios en sentido exhortatorio, para mover al pecador á penitencia, pero no en rigor teológico; lo dicen como cosa hipotética, no como una realidad, pues todos sabemos lo que contestó Abraham sobre la division y separacion eterna de los precitos y de los bienaventurados: *Ni los de ahí pasan aquí, ni los de aquí allí*. Sabed, pues, que el demonio no aceptaria ese tiempo de penitencia por no humillarse á Dios ni confesar su crimen. Fué este el haber querido arrogarse los honores divinos, y habiendo sido condenado al perpetrar ese acto de soberbia, vive ahora, y vivirá eternamente, en esa obstinacion, y prefiere estar en las penas del infierno á confesar que ha pecado y á humillarse delante de su Criador. Y esto mismo acontece al Estado racionalista, obstinado en oponerse á Dios y á su santa ley. Bien sabe él que se equivoca, pues ve que á las veces hace cosas tan disparatadas, que le ocasionan su ruina; pero no lo confesará, porque inflado en su ciencia satánica, no quiere practicar un acto de humildad. Pero volvamos al objeto principal del discurso.

¿Cuál ha sido el resultado de tan temerarios pensamientos? La declaracion solemne de guerra á Dios, prescindiendo de Él, de sus leyes, de su direccion, de su influencia y de su providencia para el gobierno de la sociedad. Se ha desterrado á Dios del consorcio humano, se le ha arrojado de las escuelas, se le ha eliminado de los estudios, de la legislacion, de la familia y de la sociedad: el racionalismo se gloria de ser infalible en su razon y de no necesitar de la ciencia de Dios; de tener en sí mismo un foco de luz que todo lo penetra, y de no hacerle falta la ley de Dios para hacer leyes, de la palabra

de Dios para conocer los misterios, y de la revelacion para aprender la ciencia de gobernar á la muchedumbre. «¡Fuera, pues, del mundo Dios con sus leyes (ha dicho el racionalismo en su embriaguez y en su locura); fuera de la sociedad todo núnmen que no sea la razon humana; fuera todo yugo, todo deber, toda obligacion que se quiera imponer al hombre, sin que él lo consienta, pues es un soberano con derechos inmanentes, imprescriptibles é ilegislables, es decir, no sujetos á ningun poder, á ninguna ley!»

¡Temeridad insensata! No os escandaliceis, mis amados oyentes, ni os asalte el pensamiento de que esto era nuevo en el mundo, ni mucho ménos de que el racionalismo de la ciencia carnal y diabólica ha de prevalecer contra Dios y contra la Iglesia católica, en cuyo seno está la representacion de su sabiduría y de su poder. Hace ya muchos siglos que, como lo acabais de oir, un ángel quiso sentarse en el trono de Dios, y quedó convertido en demonio impotente, y reprobado y condenado á las penas eternas del Tártaro (Isaí., cap. xiv, vers. 13); hace muchos siglos que *el impio dijo en su corazon: no hay Dios* (Ps. xiii, vers. 1), y no hizo más que expresar su deseo de que no lo hubiese, para no caer en sus manos. Hace siglos que, reuniéndose en concilio contra Dios, los malvados dijeron con furor: *Rompamos sus lazos, arrojemos de nosotros su yugo* (Ps. ii, vers. 3); y Dios, que habita en los cielos, se rió de ellos, y les habló en su ira, y les hizo añicos como á un vaso de miserable arcilla, desapareciendo todos de la haz de la tierra.

¡Emanciparse de Dios! ¡Arrojarlo del consorcio de los hombres! ¡Ah! Los hombres harán cuanto quieran para arrojarlo de sí, pero Éste estará á su lado y los perseguirá con los terrores de una conciencia que turba sus orgías de dia y los atormenta con visiones horribles de noche. Ellos se obstinarán en decirle, con otros impíos